

Edizione
1^{ma}
Bistagne

Stan
LAUREL

4
Oliver
HARDY

Estudiantes de
Oxford

MENTERRAT. 8



Estudiantes de Oxford

Divertidísima comedia, interpretada por los «ases»

STAN LAUREL y OLIVER HARDY

Dirección de

ALFREDO GOULDING

Producción

UNITED ARTISTS

Distribuida por



EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA .

ESTUDIANTES DE OXFORD

SINTESIS DEL ARGUMENTO

Nuestros amigos Laurel y Hardy se encuentran sin empleo y, lo que es peor, sin dinero. Les han hablado de una agencia de colocación, pero ésta está lejos y no pueden ir a pie. Un chófer amable se ofrece a llevarles gratis hasta la ciudad, pero cuando él llega a su destino, Laurel y Hardy tienen que aparcar. La agencia está todavía lejos y nuestros héroes hacen señas a varios coches que pasan muy veloces con sus marines sin signarse parar. Finalmente, un camión de ciegos se detiene y el conductor les invita a sentarse en la parte trasera del carruaje. Laurel y Hardy se acomodan en el sitio indicado, con sus maletas, y reciben un tremendo empujón, vuelven a sentarse y sufren un segundo empujón. Sólo entonces se dan cuenta de que el desafortunado chófer les está tomando el pelo y deciden aporrearle demeritivamente. El camión parte y, al cabo de un rato, viene conduciendo un brinido a llevarles hasta la agencia, en donde están arcastrando las maletas y tropezando con todo el mundo con su torpeza habitual.

La empleada les invita a sentarse y esperar. Laurel, por equivocación, se sienta sobre un señor y Hardy tropieza con su propia maleta y se cae. Se sientan finalmente en su sitio y oyen que la empleada habla por teléfono con una cliente a la que, por lo visto, han dejado plantada el matrimonio y la doncella precisamente aquella noche, en la que tiene invitados. Hardy tiene una idea luminosa y, acercándose a la empleada, le dice:

—Ya conozco una pareja fenomenal. Retén libre y les serviré con mucho gusto. Son marido y mujer...

La empleada le da las gracias por su amabilidad y le proporciona la dirección de la señora Venderbilt, que es la que necesita los clientes. Cuando salen de la agencia, Laurel, que siempre ha pensado de excesivamente tímido, le pregunta extrañado a su amigo:

—¿Qué quieres hacer? No conocemos a ninguna pareja, digo yo...

—Tú no, pero yo, sí—le contesta su amigo con tono despreciativo.

* * *

La señora Venderbilt ha preparado ella misma la mesa para sus invitados y espera impacientemente la llegada de la doncella y el matrimonio que le ha prometido la agencia. Llaman a la puerta, y el señor Venderbilt en persona acude a abrir. En la puerta aparecen un hombre muy gordo y una mujer muy flaca, muy feas y muy entretalada. La mujer flaca, fea y entretalada es... el instable Laurel, disfrazado grotescamente.

La aparición de los codiciosos herederos en señalase gran cosa al matrimonio, pero es muy tarde y no hay tiempo que perder. La señora

Venderbilt llama a su cocinero y le ruega que se acerque a los nuevos señores, poniéndoles al corriente de sus obligaciones.

El salón de los Venderbilt se va llenando poco a poco de invitados. Aparece una guerra y aparece una doncella cuya apariencia habría hecho mucha de risa a cualquiera que hablara querido fijarse en ella. Pero los invitados de los Venderbilt están demasiado embobados en sus conversaciones para preocuparse de aquel detalle. La doncella, que es Laurel, lleva una bandeja con bebidas y pastas, que va ofreciendo a todo el mundo, pero nadie quiere aceptar. Y el cocinero de Laurel, que jamás ha visto de cerca un salón ni sabe cómo debe conducirse una doncella que se entretiene un poco, decide probar uno de los combinados y rumorar una patita, advirtiéndole a los invitados que son caquisitos.

Y de pronto se produce la tragedia. Laurel tropieza, por culpa de los altos zapatos que se ve obligado a llevar, y vuelca una fuente llena de nata sobre la falda de la señora Venderbilt. Esta disimula a duras penas el enojo que ella le produce, y la doncella, desazonada de remediar el mal, deja la fuente sobre el sofá y limpia cuidadosamente la falda de la señora, en el preciso instante en que su marido, hablando acendado al lado de su cara mitad, se sienta sobre la bandeja. ¡Horror! La primera parte de calamidades que van a caer sobre el matrimonio Venderbilt por haber acudido a la agencia en demanda de servicio, ha comenzado ya.

Hardy anuncia que la comida está servida y los invitados pesan al momento. El suceso de antes es muy grande al oír que el criado, que es Hardy, les dice:

—Bien, muchachos, vámonos. Que a nadie se le ocurra empezar antes de que llegue la señora Venderbilt, que ha ido a su cuarto a cambiarse de traje.

Hardy tiene un idéa propia acerca de la etiqueta y distribuye a los condesales de un modo original, es decir, haciendo una separación de sexos, y así: los hombres a un lado, las mujeres en otro. Pero el señor Venderbilt no está conforme, y pone el grito en el cielo. Hardy decide restifilar. Los invitados de los Venderbilt son demasiado bien educados para protestar en voz alta por el trato excesivamente familiar que reciben del criado, y obedecen resignados las instrucciones que éste les da para que se cambien de sitio. Se inicia entonces un movimiento confuso que lleva trasa de ser tremenda gracia, porque al final nadie se entienda, ya que no hacen otra cosa que cambiar de sitio a cada segundo.

—¡No, no, no, no!—grita Hardy enojado al ver que no comprenden su idea.— Usted sábelo aquí, tráigame el plato... ¡No hay que equivocarse! Usted, joven, al lado de esta acómdate. Usted en aquella otra silla...

El asistión inclina un gran sape de amobamiento a una hora.

—¡Santos ya, idiota! Deje a una comensal en paz! ¡Que cada uno se siente donde le parezca!

Era tanto, Laurel se ha dedicado a la inocente tarea de apurar algunas copas que el señor Vendehilt le había ordenado llevar a la cocina, y está medio borracho. Vendehilt le llama y le dice:

—¿Quieres hacer el favor de servir la ensalada sin arreglar?

—Oye, ¿dónde me hacen metido?—comenta Laurel dirigiéndose a un amigo.— Dice que sirve la ensalada sin arreglar.

Y como Hardy le dice que hay que obedecer las órdenes del dueño, Laurel se retira para volver a aparecer al cabo de un instante con la ensalada. ¡Y vestido con pijama y corral! Es tan caluroso que ha estado que aquello de "sin arreglar" se refería a él y no a la ensalada.

El señor Vendehilt, que ha estado haciendo cálculos sobremanera por no estarlo durante toda la noche, tiene una especie de ataque de lepra y sacando una sarpeta la emprende a tirar con aquel par de despreciosos sujetos que en mal hora han entrado en su casa, quienes al ver el giro que toman los acontecimientos, desisten marcharse inmediatamente... y a todo lo velocidad que les permiten sus piernas. El señor Vendehilt sale a la calle en su persecución y después un tiro... que por poco mata a un guardia que paseaba en aquel momento cerca a su casa.

Y así termina la primera escena dramática de Laurel y Hardy.

Los dos amigos han encontrado otro empleo. Es muy delicado. Consiste en ir implorando la clemencia de papales y otras inmediatas que arrojan los transeúntes distraídos. Con el carrito y los útiles de limpieza recorren las calles de la ciudad. Cuando llega la hora de almorzar, abandonan momentáneamente el trabajo, para sentarse en el umbral de la puerta de un Banco y escuchar las gritos de sus semejantes. Hardy comienza así:

—Hemos venido a pedir el arropo. Somos tan limpios como cualquiera y, sin embargo, nunca podemos conseguir. Nunca hacemos nada bueno.

—¿Sabes lo que nos ocurre a ti y a mí, Oliver? Que no hemos tenido una educación. Eso es lo que nos pasa.

Como se fiscal elucubrara, comiéntate en esos emparedados que sacoran con sal y unos huesos duros. Laurel, distraído, tira una pila de plátano al suelo, y Hardy le responde:

—No tires así eso. Puede hacer caer a alguien...

Este acto sencillo marcará el comienzo de una nueva etapa en la vida de nuestros héroes. Un ladrón desprecioso había entrado en el Banco y, después de haber mandado al director y robado unas valunas,

se dispuso a salir antes de que fuera descubierta su presencia y se dio a la zafra de alarmas.

Poco quiere la Providencia que el ladrón, al poner el pie en la calle, le aplique sobre la piel de plátano que ha tirado allí el desprecioso Laurel y se caiga. Los dos barrenderos se precipitan a auxiliarlo, pero como también, tratando de revivirlo. Entre tanto el Banco ha dado la voz de alarma, y se ha llamado a la policía, que acude apuradamente. Gracias a la providencial intervención de nuestros héroes, el amigo de la arena no ha podido huir, y comparece ante el director del Banco, junto con Laurel y Hardy.

—Muchachos—dice el director, emocionado—, me han hecho un favor que jamás olvidaré. Me han salvado cientos de miles de dólares. ¿Qué puedo hacer por ustedes? Tal vez emplearlos en el Banco...

—No lo agradeceremos mucho, señor, pero creo que no le serviríamos—comenta Hardy—. Resulta que nosotros no tenemos educación. Hablamos pronto en lo a una academia.

—Ya entiendo. Diantes en breve. Yo haré que reciban la educación que merecen.

Dos días después, nuestros amigos embarcan para Inglaterra. El director no se ha querido hacer las cosas a medias y ha decidido enviarlos a Oxford, la gran Universidad inglesa.

* * *

Laurel y Hardy llegan a Oxford con dos maletas y un balón. Van vestidos con unos uniformes sencillos, de chaqueta corta y cuello blanco. Hardy, que es un chico feo, parece un héroe. Laurel tiene la misma cara de bobalón que usa siempre.

Unos jóvenes estudiantes corren por la legada de aquel par de seres extraterrestres y se les reconocen inmediatamente por una revista. Uno de ellos se adelanta y lee de la bienvenida al mismo tiempo que les dice:

—Creo que se han equivocado de colegio. Llevan ustedes el nombre de Helen.

Hardy se vuelve atrás contra su amigo y le increpa:

—Tú fíjate si que tipo la idea de que nos vistáramos así. Con razón todo el mundo se queda mirándonos.

—Bueno, caballeros, si necesitan algo me lleven a su disposición—les sigue diciendo el muy simpático estudiante.

—De momento quisiera saber dónde podemos hallar al director.

—¡Tienen ustedes el favor que se precisa para verlo? No? Pues bien, voy a verlo de la entrada de aquellos señores!

Y les señala un laboratorio, frente a ellas.

—Bueno, cuando esten allí, están a la derecha y después a la izquierda, luego otra vez a la derecha y después de nuevo a la derecha, vuelvan luego a seguir a la izquierda hasta que se encuentre del lado derecho... Cuando lleguen ustedes a la pared derecha del otro lado del

una verja un hierro con una mano que apunta a la casa del profesor Lodge.

Laurel y Hardy no han entendido demasiado bien la explicación del joven, pero no es cosa de estar ignorancia, y se meten decididamente en el laboratorio, ignorando de qué con un poco de buena voluntad conseguirán dar con la salida. Van cargados con el hálit y las dos maletas, pero son tan simplices que no se les ha ocurrido dejarlas en ningún sitio.

Después de dos horas de seguir a la derecha y a la izquierda y otra vez a la derecha, sin conseguir dar con la salida, Laurel tiene una idea genial.

—Puede que no hayamos intentado bien las explicaciones que nos ha dado aquel joven. Ahora va vola a la izquierda y yo me irá a la derecha, y aquel de los dos que encuentre antes la salida vuelve a buscar al otro.

Hardy, conforme de ver que al cabo de las años su amigo empieza a tener ideas geniales, decide cargar él con el hálit, porque comprende que su amigo es demasiado débil para llevarlo. Y feroz, alanzado de la bondad del gesto y cuando camina, coloca las maletas encima del hálit con desoleta calma, y se hace arrastrar con todo.

Los dos de la noche sacaron en el coloj de Oxford sin que ninguno amigos hayan conseguido salir del laboratorio. Desorientados, se elevan sobre el hálit para meditar sobre su mala suerte.

Entre tanto, uno de los estudiantes se ha vestido de tantame, y caminando tras del otro donde se hallan Laurel y Hardy, saca una maleta y les juega un juego de malas pasadas, començando en cortar el pedúnculo del botellito de Hardy para colocarlo en el de Laurel y vacarle el cigarro de la boca. Sobre todo, se cuenta con el infante Laurel, quien, al darse cuenta de que uno de sus amigos tiene un secreto sobre, cuya salida desconoce, sabe un tanto misterioso. Hardy le dice que la relación sea clarificada, pero cuando el travieso estudiante hace lo posible con él, rechaza inmediatamente la idea de que sea también una situación y decide ir de qué se trata. Salen los dos, cada uno por su lado, y a poco regresa Laurel, desorientado, y se sienta en uno de los extremos del hálit. Vuelve la cabeza para hablar con su amigo, creyendo que se halla a su lado, y susita en ¡Dios de horror! Levantado junto a él hay... ¡un tantame! El luego se repite con Hardy, y las dos maletas, prías del público más capcioso, empiezan a dar vueltas por el laboratorio, pudiendo sacarla en su vano empeño de encontrar la salida.

* * *

Los traviesos conductores han ido a buscar a sus víctimas, al laboratorio, y las han conducido al salón del recint, a punto por una hora del coloj. Haciéndose pasar por los miembros más conspicuos del profesorado, con a ellos les da la bienvenida presentándose como el rector.

—Queremos demostrarles nuestra hospitalidad y les hemos preparado un alojamiento digno de ustedes—les dice con voz amable.

Una ligera escandalosamente posturas contribuyen a dar sentido a la farsa. Laurel y Hardy se tapan el oído y se dejan conducir a las habitaciones particulares del Director del coloj, convencidos de que aquel departamento oculto es el que se les ha asignado.

Como están muy fatigados por las incidencias del viaje y la carrera que se han dado en el laboratorio, deciden acostarse. Los traviesos estudiantes antes de la noche se disponen a abandonar el lugar, pero se ven sorprendidos por la inesperada llegada del rector, y tienen que conformarse tras el llamado del despacho, en espera de los acontecimientos.

El rector entra en el departamento y antes de retirarse en su cuarto decide beber un poco. Coge el vidrio, le deja volar una gota junto a la guerra del departamento, y se va en busca de la botella de whisky, y Laurel está en camino de la habitación. Ve un vidrio preciado sobre la mesa y se le lleva tranquilamente delante, en cambio, una vez. Cuando el rector vuelve, se cambia extraordinariamente de la habitación, luego que la salida al vidrio, y se va en busca de una botella, dejando la botella de whisky. Para Laurel, que juntamente con Hardy acaba de apagar el whisky que tenía, talo autoventura del cuarto, ve la botella llena que acaba de dejar el rector, y mira a la Providencia le ha colocado allí para que luego de ella el sea dueño, y le resulta para no una particular. El momento del rector al regresar con un nuevo vidrio vacío y ver sin embargo vacío la botella de whisky, es maravillosamente indescripible. Los protagonistas de aquella escena sacan en su haber visto al uno al otro, pero los estudiantes escondidos dentro del vidrio le han presenciado todo y temblando.

Laurel y Hardy se asustan. Laurel observa un cuadro que tiene ante él.

—Me gustaría saber quién es ese de profecto—dice él—La verdad es que ahora el mundo.

El "de profecto" se va otro que el rector. Ha estado en la habitación simultáneamente y presencia asombrado la escena. Se caldea entonces frente a un propio retrato, en el mismo momento en que el joven Hardy ha estado la botella oculta de inger un vidrio y cuando el rector del retrato, fijado en su momento y cuando al ver que el su nuevo "retrato" muestra hasta ellas momentos dichosos con sus tres títeres.

—¿Qué buena noticia es mis habitaciones?

Laurel y Hardy creen que se trata de una nueva habitación y se dan.

—Con esos patillas tiene cara un bromista—dice Laurel.

Empiezan a discutir, pero no se retienen. El rector, empiezan a hacer valer su personalidad, y los dos traviesos estudiantes, en mismo momento se acuerdan a guisa. Pero la comi casualidad un tanto es imposible.

Los momentos del desajuste en la habitación antigua, al ver que la cosa toma un giro adverso, pretenden hacer perspectivas dentro del vidrio, dejando que el rector y los dos nuevos estudiantes se tiran los

plena a la cabeza, pero en poco castigo a su perversidad, tras el tiempo penitencial al descubrirlo en el primer momento en que la paliza mata los dos navazos y al volver crece su intensidad y han pasado ya de los nichos a las hechas.

Laurel y Hardy sacan sus sombreros, el segundo de que han sido víctimas y muestran el vendaje en rostro de herido, y éste exclama:

—¡Hasta que las exparten a todos por haber hecho esto! ¡En el caso más inhumano o que he conocido en la historia de Oxford!

Admirado le interesa de los dos nuevos estudiantes de Oxford, tanto que resueltos a las verdaderas habitaciones que les corresponden, pujan en la Universidad, y les es asignada un ayuntamiento, llamado Mercedillo. Allí, al ver a Laurel, prorrumpe en grandes exclamaciones:

—¡Bu señorial! ¿Me se acuerda usted de mí? ¡Dese Mercedillo! ¡Recuerda cuando estaba a su servicio!

Hardy, sacando, dice, Gloridósase a su amigo:

—Ésta es una historia que nos gustaría contar.

Pero Mercedillo continúa explicando:

—Comprenda perfectamente que yo, señor, no soy romano. ¡En una historia tan triste! Fue en 1802 muy fuerte para Oxford. Verá usted, ocurrió así. Cuando se estaba escribiendo aquí, era mi mejor amigo y el mejor estudiante que jamás tuvo esta Universidad. Se volvió a estudiar de nuevo a Cambridge. Estaba perdido allí, frente a la ventana, soltándose a sus compañeros que le aclamaban. De pronto cayó la ventana y cayó en la boca y cayó una lección. Cuando volvió en sí había perdido la memoria. Se fue beyonda de la Universidad como un loco y nunca más volvió a verla.

Hardy, que había estado mirando al amigo con una expresión de desconcierto, se limita a comentar:

—¡Dadme la tranquilidad, pero creo que le falta a usted un tornillo.

—Puede que un día de estos su cabeza haga uso de los gusnos que le recomendaron. Tenga un sentimiento. Cuando se entienda cómo los cosas de un modo extraordinario. Entonces volvéis como un loco.

La idea de que se había caído en la boca, después de meter una palabra, parece como un hilo, le hace tanta gracia a Hardy que se saba a reír en sus mismas hechas. Ahora se vuelve resuelto al de Laurel y le dice con seriedad:

—¡Mira que tu un cristal! ¡A ver, vuelve los ojos!

Fuero el pobre Laurel no puede mover las cejas, por muchos esfuerzos que haga por complacerle.

Y como ve Hardy al Laurel como un todo palabra de lo que acaba de contarle el ayuntamiento de cámara, deciden que se vuelva a hablarle más del asunto.

De pronto, viene una graca y se abonan a la ventana. Entramos de ver un grupo de estudiantes que avanza hacia su ventana, preguntan a Mercedillo qué significa aquella procesión, y él criado les explica:

—Es el comité estudiantil de la venganza. Seguramente algún estudiante habrá violado la ética del estudiante. Alguno más, que habrá violado algún.

Laurel y Hardy comprenden inmediatamente que se dirigen hacia ellos y se cubren a temblar.

En algún momento, los estudiantes han decidido en el momento de los dos navazos e intentar a saltar por la ventana. Si no obedecen, los quitarán los pantalones y les obligarán a saltar a la fuerza.

Laurel y Hardy, temblando como dos asustados, ven los pisadas de los enemigos que se acercan. Ya están la cocinera, ya están frente a la puerta. Mercedillo añade en su suelta desordenada:

—Salgan por la ventana y entren en la habitación de al lado...

¡No lo hacen! Hardy está primero, pero en el instante en que Laurel ve a salir, la ventana cae precisamente sobre su nariz. Laurel cae en graca y cuando vuelve a dirigirse a Mercedillo, le hace con sus completamente confundido, y con unos ademanes distintos.

—¡Válgame el alma, Mercedillo! ¿Por qué no has arreglado esta ventana? Me ha caído en el occipital.

Mercedillo cierra los ojos al cielo.

—¡Señor! ¡A! No había pensado la momento. Me confundí, ¿verdad?

En cierto Laurel, el señor a ignorante Laurel, es en realidad un noble loco. Ha estado de amnesia desde su infancia en el señor, y ahora acaba de renunciarlo totalmente. Pero, a su vez, ha olvidado los últimos años de su vida. Mira extrañado a Mercedillo y le muestra un tono de impaciencia:

—¿Qué está diciendo? ¡Claro que se olvidó!

En aquel preciso instante entra un ventanero estudiante, dispuesto a hacerle pagar con su soplección. Pero se encuentra con un hombre extraño y despreciable que se leña de echarse a tumbar los ojos como el lugar oscuro. Cuando uno de ellos se dice que han ido allí con el propósito de quitarle los pantalones, el loco contesta:

—¿Qué son los pantalones? ¡En presencia de Mercedillo! ¡Espita la boca si se atreve! ¡Taja una explicación!

Los estudiantes se lanzan sobre él, dispuestos a agredirlo, pero al pronto un extraño sentimiento. Las cejas de Laurel impican a momento de una man a salida y un momento después, se sientan intruado sales uno a uno por la ventana, desaparecidos como hechas. ¡En salencia, lord Padigra, ha resucitado, pero con la memoria, en forma prodigiosa! Y el resto, que acaba de entrar, para amonazar de lo que ocurre, es también "resucitado" por la ventana.

Entra Hardy, y como Laurel no le conoce, sale a su vez por otra abra. Atorvica, se levanta rápidamente, entre las escaleras y entra como un buraco en la habitación de lord Padigra.

—Oye, loquitos de cámara: ¿eres que vas a gustar húmas sustrigo? —chilla indignadamente.

—Pero Laurel no lo conoce. No recuerda haberle visto en su vida. Me-
ridith sigue que hace las presentaciones y le cuenta a Hardy lo suce-
dido. Hardy, que no puede creer lo que esta oyendo, intenta hacer re-
cordar a su amigo escenas de su vida pasada.

—¿Te acuerdas de cuando fuéramos los acalorados?—le dice.

Pero Laurel no recuerda nada y se indigna. Y como Hardy insiste
en evocar épocas pretéritas que han pasado al más completo olvido,
Laurel muere impacientemente las cosas.

—No creo que vas a ayudarte moviendo las cosas!—contesta Hardy
despreciativo.

Apenas cinco tiempos de terminar la lista, Laurel le ha cogido como
si fuese un pelota y lo ha arrojado nuevamente por la ventana. Hardy
cae al suelo con tanta violencia, que alce un hoyo en la tierra.

Entonces, sólo entonces, se convence de que Laurel es un personaje.

* * *

Han transcurrido unos días. Los aguas han vuelto a sus cauces. Lord
Fadigton se ha dedicado a ganar todos los trofeos deportivos de la
Universidad, volviendo a sus labores literarias. Y Hardy ocupa el puesto
de ayuda de cámara.

El rector le lleva a ver al brillante estudiante de Oxford para felicitarle
por sus éxitos deportivos, y a decirle, además, que el profesor Win-
ston acaba de llegar de Princeton, y como se siente algo preocupado
acaba de su teoría de la relatividad, que tanto ha sido que hablar
al mundo científico, desea tener una conversación con él, pero que le
orienta. Laurel consulta su carnet de notas y le contesta que el viernes
podrá recibirle.

Sabe el rector, y los amigos compañeros quedan solos. Hardy no se
cuidara del tono mal como cuando para Laurel siempre había mentado
de crítica.

—Me acordaba que te estás volviendo algo indolente—le dice con tono
despreciativo— deberías adoptar una posición un poco más aguda.
Vamos a ver, mira el testimonio, echó las bombas hacia atrás, echó la
bacteria... Ma, no, quiero decir las dos bombillas... Me seguía...

Hardy, que con una paciencia frangible ha obedecido las órdenes de
su amo, acaba estáticamente la paciencia, y dice estallando:

—Estoy harto de tanta farsa! ¡Yo tengo más inteligencia en mi
dedo meñique que tú en toda su cuerpo esquelético!

El noble lord responde sin inmutarse:

—Te perdona porque sé que estás abuscado... Fary.

—Hay poco que decir! Y haz el favor de un Barnabas Fay!

—Bueno, no te excites tanto, amigo.

—¿Quién se excita? ¡Hemos terminado! Puedes quedarte con tus
citas, tu Oxford, tus trofeos y hacer lo que más te plazca con ellos.

¡Sí has creído que voy a aguantar tus impertinencias, te equivocas! Ya
estoy cansado de tus idiosas.

Laurel, que desde que ha recobrado su verdadera personalidad des-
precia despreciativamente a la plebe, siente, no obstante, una cierta debili-
dad por el gordo Hardy, que, por lo visto, pese al no se acuerda, fue su
gran amigo en la época mala. Adaptando un tono conciliador, trata
de calmarlo.

—Bueno, no te pongas así. No hay para tanto. Es que necesitas pu-
lido y que estás a la altura de...

Pero Hardy ya no le oye. Ha salido rápidamente de la habitación.
Vuelve a entrar al cabo de un momento, pero sólo para decir un tallo
mal entendido:

—Lo que más me ha gustado de todo es eso de hacerte entrar tanto
las dos bombillas... ¡Se languineó!

Como de indignación por el insulto que acaba de sufrir su criado,
lord Fadigton se acerca a la ventana para refrescarse un poco.

En aquella dichosa ventana de la Universidad fabrican de haber puesto
el conocido sustituto del "Es peligroso exponer al exterior", ya que
por temor a un la historia de Oxford, por sobre la boca de un hom-
bre llorar, produciendo un nuevo trastorno. Cuando el orgulloso aris-
tócrata saca la cabeza de aquella especie de guillotina incrustada... (Se
perdió de nuevo la memoria) Laurel ha recobrado su otra personalidad.

Hardy, que no se ha cansado del nuevo golpe recibido por Laurel,
ha decidido abandonar a su amigo, porque comprende el silencio que
los separa y, por otra parte, no puede soportar su desprecio. Entra en
la habitación de lord Fadigton para despedirse.

—Hemos terminado—dice con voz lígubre— Puedes quedarte con
mayordomo, ¡hasta nunca!

Se dirige a la puerta, y ve una vez lastimera que le llama:

—Oye, Oliver.

Es de nuevo la voz de Laurel, Hardy se queda clavado en el sitio.
Su amigo se le acerca, sereno y humilde, con su rostro de apocada.
Vuelve a ser el insólito ocedido de su protector y ayuda.

—¿Adónde vas, Oliver?—le pregunta con acento lastimero.

—¡Me voy a América a mi patria!

—¿América, Oliver, Oliver, una es mi amigo! ¡Por qué me dejas!

—¡Pero si tú ya no me conoces!

—¿Pero cómo que te conoces! ¿Qué te pasa? ¡Tienes una abrac-
nación!

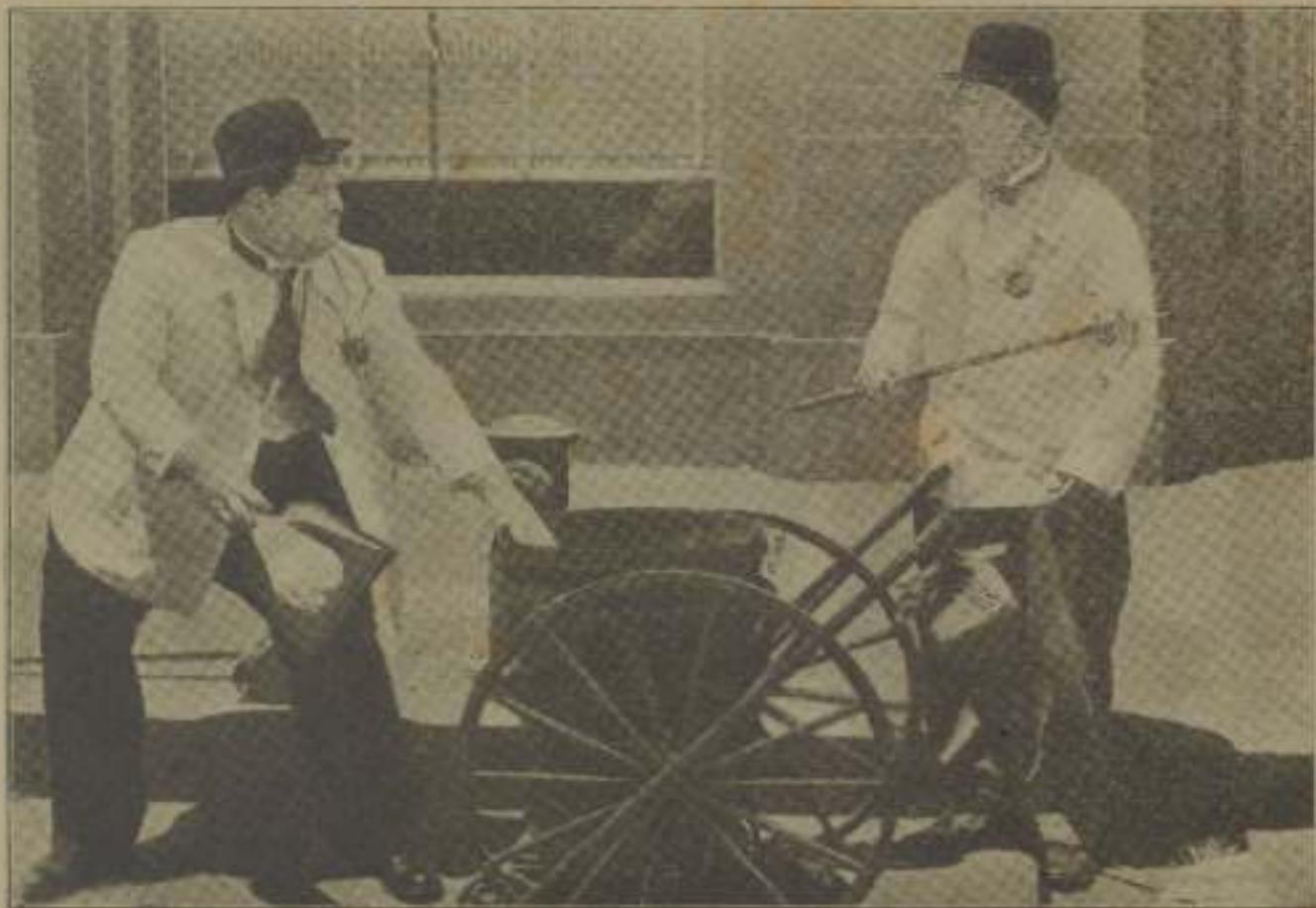
Hardy vuelve un grillo de alegría. Acaba de comprender que ha recu-
perado a su amigo, al mismo tiempo que ha perdido al impertinente
lord Fadigton. Le abre los brazos, en los que Laurel se precipita heran-
do a poco tendido, y le dice:

—¡Oh, Laurel, Laurel!

Y se echa también él a llorar.



Los dos amigos han encontrado un nuevo negocio...



Corrente en la simplicitat la calle de papales y otras reminiscencias.



Given as part of evidence.



Al amigo de la prensa se le pedirá lo que.



—Me han hecho un favor que jamás olvidaré.



—Me han salvado cientos de miles de dólares.



Quiero aprender muchas cosas.



—Llevan ustedes el uniforme de Katon.



¡Un fantasma!



Desconocidas, se sientan sobre el hijo.



—Quemais desmentiamos nossas hospitalidades.



—Lament o estudo de tão gostoso.



—Que livro escreveu de nós, graduandos?



—Com esse patife, quem não se divertiu.



Contra la guerra al verdadero epoco.



—(Es el hecho más deshonroso que se ocurrió en la historia de Oxford.)



—¡A ver, mueren las cosas!



—¡Repita la lección, si sé oírse!



—Oye, Intenciones difíciles, ¿cuánto que vas a gastar? ¿Dónde consigues?



—Lauriel consulta en carnet de notas.



—Fera un mal sonzo. «For qué me dejas?»





Cultura, Inc. M. PELLICER
Munster, Ill. Teléfono 75132

Seite
"PELICULA GRAPICA"